

JOSEP M. RAMBLA BLANCH, S.J. *

PEDRO ARRUPE, ¿SEGUNDO FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS?

LA BELLA, GIANNI (ed.), *Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía* (Sal Terrae-Mensajero, Santander 2007), 1.077p., ISBN: 978-84-271-2832-3. Edición italiana, ÍD., ARRUPE, PEDRO, *Un Uomo per gli altri* (Il Mulino, Bologna 2007), 1.084p., ISBN: 978-88-15-11506-5.

AMPLIO PANORAMA

Esta obra se abre con una extensa introducción del editor Gianni La Bella que, aparte de enmarcar adecuadamente la persona de Arrupe, expone la finalidad del grueso volumen de colaboraciones muy variadas: «El estudio que presentamos no es una biografía del Padre Arrupe. Mucho más modestamente representa una primera recogida de “materiales” para una ulterior, más analítica y completa reconstrucción de su historia personal y de su obra de dirección de la Orden de 1965 a 1983» (p. 50).

Con este propósito, las 26 colaboraciones, prácticamente todas ellas con contenido biográfico, responden a intenciones y métodos distintos, pero pueden clasificarse así:

* Director de EIDES (Escola Ignasiana d’Espiritualitat) del Centre d’Estudis Cristianisme i Justícia. jrambla@jesuites.net

- Aportaciones propias y estrictamente biográficas de distintas épocas de Arrupe (Margenat, De Vera, Alcalá, Echaniz) o de su misma intimidad espiritual (Iglesias).
- Estudios de la influencia de las Congregaciones Generales (en adelante CG o CC.GG.) 31 (Valero) y 32 (Álvarez Bolado) en la vida y gobierno de Arrupe y la influencia de su liderazgo en ellas.
- Relación del Prepósito General con distintas áreas geográficas y provincias de la Compañía (Metena M'nteba, Gutiérrez, Sariego, Hamilton, Kerkhofs, Galauner, Heredia, Pratt).
- La dirección de la misión de la Compañía: justicia (Matías García), Servicio a los Refugiados (Campbell-Johnston), cultura (Calvez), análisis marxista (Ivern).
- Relaciones y acción de Arrupe más allá de la Compañía: Iglesia Ortodoxa Rusa (Arranz), Vida religiosa del postconcilio (Alcalá).
- La misma tarea de gobierno: la crisis del cambio (La Bella), sentido eclesial (Madrigal), espíritu ignaciano (Royón).
- Algunas aproximaciones generales a la persona de Arrupe y a su significación en su tiempo (Delumeau, Ivern).

Las aportaciones son necesariamente variadas y desiguales: unas con más recursos a las fuentes inéditas y más documentadas, otras a partir de testimonios directos, unas se refieren más a la misma persona y actuación de Arrupe, otras se basan más en sus escritos y discursos u otras aportaciones orales, etc. La extensión también varía considerablemente, pues, por ejemplo, los dos estudios profundos y exhaustivos dedicados a las CC.GG. 31 y 32 ocupan una quinta parte de la obra. Ante esta gama tan diversa y rica de colaboraciones, sólo es posible en el espacio de este artículo exponer algunas de las reflexiones que emergen de la lectura de la obra.

«DISCURRIR»

San Ignacio afirma en las Constituciones que la vocación del jesuita es «para discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo donde se espera mayor servicio de Dios y ayuda de las ánimas». Una de las características más innovadoras del gobierno de Arrupe, Prepósito General de la Compañía, fue la de orientar y acompañar a los jesuitas repartidos por todo el mundo, no sólo con sus directrices y apoyo desde Roma, sino con

su misma presencia física. Esta obra es un buen reflejo del estilo de Arrupe, pues dedica una cuarta parte de sus páginas a historiar los contactos del Padre General con gran diversidad de países.

En sus visitas, Arrupe da conferencias o tiene reuniones con grupos de jesuitas e incluso con seculares colaboradores de las instituciones jesuíticas, pero también realiza encuentros más particulares con pequeños grupos de jesuitas. De este modo ilumina aspectos de la vida jesuítica o llama la atención sobre las interpelaciones que plantea el mundo actual y que pueden ser orientadoras no sólo para los países que visita, sino para la Compañía universal. El título «Pedro Arrupe, catalizador de la reforma en los Estados Unidos» es una muestra de esta forma de incidir directamente en la vida y misión de un país. Por otro lado, las visitas a la India y a África ofrecieron la oportunidad de profundizar en la naturaleza y trascendencia de la inculturación y el pluralismo, las visitas a los jesuitas de la Europa Oriental, en 1968 y 1969, junto con los encuentros sucesivos con representantes de esta parte de la Compañía, sirvieron para apoyar a aquella Compañía crucificada y para abrir a los jesuitas de otras partes a realidades más ocultas por las que también pasaba la lucha por la justicia. «Se discutía sobre qué era más importante: si el pan o la libertad» (p. 534), las visitas a los Estados Unidos fueron la ocasión para pronunciarse sobre dos temas tan importantes como el racismo o el hambre en el mundo. En Europa, Arrupe reconoce el papel que sigue teniendo la vieja Europa en el mundo y, sobre todo, manifiesta su sintonía con la creación de la Unión Europea.

En definitiva, Arrupe mostró, con sus visitas a la Compañía diseminada por todo el mundo y con la relativa inmersión en el modo de realizarlas, que también la vocación del General es para «discurrir y hacer vida en cualquier parte del mundo».

MOMENTOS DECISIVOS O CRUCIALES

Como es obvio, no se puede separar la persona del P. Arrupe, a partir de 1965, momento de su elección como Preósito General de la Compañía de Jesús, del ejercicio de ese servicio de gobierno. Dos momentos especialmente decisivos que marcan la biografía de Arrupe fueron las CC.GG. 31 (1965) y 32 (1975). Dada la naturaleza jurídica de las Congregaciones, con autoridad superior a la del P. General, no implicaban

un estricto ejercicio de gobierno del Prepósito General. Sin embargo, el rol que en ellas desempeñó el P. Arrupe, la significación que representaron para su gobierno ordinario y el peso extraordinario para la vida de la Compañía, justifican la extensión que se les da en la presente obra, con dos colaboraciones completísimas y profundas que llenan una quinta parte de un grueso volumen de más de 1.000 páginas.

A partir del capítulo que Urbano Valero dedica con gran maestría a la CG 31, se puede captar cómo el proceso de dicha asamblea universal y los temas abordados constituyeron el marco en el que el nuevo P. General debería empeñar su gobierno. Pero, al mismo tiempo, se percibe como éste, de manera algo innovadora, intervino en la Congregación con aportaciones personales y con su liderazgo. En este período, un General venido del Japón y que llegaba a Roma en plena efervescencia conciliar, recibió el espaldarazo a una línea de gobierno innovadora y llena de coraje.

De modo parecido, las páginas que Álvarez Bolado dedica a la CG 32, con documentación exhaustiva, nos introducen en el movimiento y, también la agitación de esta CG, y permiten valorar la calidad espiritual con que Arrupe, en situaciones sumamente delicadas bien conocidas, sobre todo en las relaciones con la Santa Sede, supo manifestarse como óptimo líder espiritual. Arrupe, sin ser superior de la Congregación, en una hora «crucial», al decir de Pablo VI, supo dirigir un cuerpo apostólico universal y muy complejo en el que resonaban experiencias, enfoques y llamadas, incluso angustias, que debían ser armonizadas, pero no sofocadas, en una búsqueda apostólica común.

A partir ya de la CG 31, el secreto de Arrupe fue probablemente saber dirigir, con auténtico discernimiento cristiano y pedagogía ignaciana, el cuerpo de la Compañía en una renovación interna con impostación apostólica y una renovación misionera con radicalidad religiosa. Aquí se manifestó una de las cualidades más específicas de la espiritualidad ignaciana y jesuítica que, desde Arrupe, ha gozado de especial reconocimiento, la «integración». Y debe destacarse la forma como supo conjugar su fidelidad al carisma ignaciano con la fidelidad a la Iglesia y al papa, aunque fue al precio de incompreensiones y de un intenso dolor espiritual.

LA «CIRCULARIDAD» DE LA MISIÓN

La misión es la clave del carisma de la Compañía y, por tanto, también debe serlo del gobierno del General. Para Arrupe esta misión se halla-

ba inserta en el sentido eclesial inherente a la Compañía, fundada para servir al Señor en la Iglesia bajo el Romano Pontífice. La primera preocupación de Arrupe como General fue, pues, dar respuesta al encargo que Pablo VI hizo a la CG 31 (1965) que le eligió Prepósito: hacer frente al ateísmo. Por esto, en su primera intervención en el Concilio, Arrupe manifestó la necesidad de un cambio eclesial para responder al reto del ateísmo. Y lo hizo con tal convicción y vehemencia que fue objeto de interpretaciones muy críticas por quienes vieron en sus palabras la llamada a una especie de cruzada general contra el ateísmo.

En la misma línea de fidelidad al papa, más adelante, Arrupe sintió la necesidad de promover una lucha frontal contra la injusticia, negación práctica del Dios-Amor que anunciamos los cristianos. Como la justicia implicaba también maneras distintas de promoverla según los países, situaciones y culturas, las propuestas del Padre General se orientaron también hacia la inculturación del mensaje cristiano. Al fin de su gobierno, Arrupe siente el aldabonazo de la insultante situación de millones de refugiados, nómadas de la miseria y del desamparo, y convoca a la Compañía a comprometerse en una respuesta rápida y generosa para aliviar esta vergüenza de nuestro mundo actual.

Esta misión, sólo expuesta en filigrana, que determina el modo de gobierno de Arrupe, se halla en el corazón de su sentido eclesial, como muestra el estudio amplio y bien fundamentado de Santiago Madrigal. Arrupe es elegido en el momento culminante del Vaticano II, en cuya última sesión toma parte, ejerce su servicio bajo las orientaciones de las CC.GG. 31 y 32 y participa en seis sínodos de obispos. Fiel al espíritu que domina en la Iglesia y a la espiritualidad jesuítica, Arrupe centra su mirada en la realidad actual del mundo y piensa que la Iglesia ha de ser de forma inequívoca servidora de la humanidad y que debe contribuir al proceso de liberación de todos los pobres, oprimidos y desesperados. Sin embargo, la raíz del modo como Arrupe ve y de vive la Iglesia se halla en una experiencia mística: su experiencia del «misterio mismo de la Trinidad, cuya esencia es el amor». Es decir, la misión constituye un proceso místico de «circularidad», ya que la mirada hacia el mundo con los ojos de Dios lleva a Arrupe a un compromiso evangelizador, siempre abierto a interpelaciones constantes y variadas, pero al mismo tiempo los ojos del corazón se sienten atraídos hacia la fuente del amor, que, al decir de Ignacio es un amor que «desciende de arriba». Lamentablemente, esta hondura mística de la misión se habrá ocultado a las personas que han

realizado aproximaciones precipitadas y superficiales al gobierno profundamente espiritual del Padre Arrupe.

PAGAR UN PRECIO

Ya en el primer capítulo de esta obra, *La Bella* se refiere a las tensiones originadas por las orientaciones de las CC.GG. 31 y 32 y por el estilo de gobierno del P. Arrupe. Tensiones, conflictos en verdad, dentro de la misma Compañía que en distintos lugares de esta obra se van detallando.

La renovación de la vida de la Compañía ya desde poco después de la CG 31, que realiza una amplia y profunda renovación en la línea del Vaticano II recientemente terminado, provoca disconformidad y descontento en parte de la Compañía de Jesús, que piensa que la Orden se está alejando del verdadero espíritu ignaciano en puntos como la formación de los jóvenes, la excesiva libertad que se les concede, la mayor participación de todos los jesuitas en las distintas consultas y congregaciones, la presunta relajación de la vida interior, etc. Críticas incomprensibles, cuando el órgano supremo de gobierno de la Compañía es la Congregación General a la cual ha de someterse el Preósito General en el ejercicio de su cargo. Por otro lado, la forma como Arrupe ejerce la autoridad es fuente de críticas por parte de algunos jesuitas (relativamente pocos en el conjunto de una orden que todavía se halla por encima de los 30.000 miembros): excesiva tolerancia, debilidad en el ejercicio de la autoridad, optimismo que le lleva a sobrevalorar la capacidad de responsabilidad y la vida espiritual de las personas, etc.

Las tensiones no se dan sólo en el círculo más íntimo de la Compañía de Jesús, sino que llegan a extenderse a la misma Santa Sede y al mismo Papa. Tensiones que, como bien nota *La Bella*, se han dado repetidas veces ya desde los tiempos de San Ignacio. Si, poco después de la CG 31 ya se produjeron malentendidos entre Arrupe y la Santa Sede, la situación se agravó con la CG 32. Primeramente, el Papa y la Secretaría de Estado notifican a Arrupe las informaciones y quejas que llegan a la Santa Sede sobre la forma de aplicación de la CG 31 y el estilo de gobierno, excesivamente débil, de Arrupe. El discurso de Pablo VI al comienzo de la CG 32, con cierto patetismo, advierte de los riesgos que está corriendo el verdadero espíritu de la Compañía. Luego, durante el mismo desarrollo de la CG interviene, mediante una seria entrevista con Arrupe, para

cortar de raíz el planteamiento de extender la profesión solemne de jesuita a los no sacerdotes. Éste es uno de los puntos que más preocupan al Papa, tal vez debido a la crisis que se está viviendo en la Iglesia en lo que se refiere a la significación del ministerio presbiteral. El Papa cree que Arrupe no le ha obedecido convenientemente al no informar a tiempo sobre sus deseos de que este punto ni siquiera se llegase a plantear en la misma asamblea. Arrupe, que en ningún momento pensó que desobedecía al dejar que la CG, con el espíritu ignaciano de proponer al Superior con respeto y espíritu obediente una eventual objeción a lo mandado por el Superior, calla reverentemente y con obediencia ciega.

También se presenta con gran detalle la triste historia del acoso a Arrupe, desde España, con la participación de jesuitas de otros países. Esta reacción de algunos jesuitas, que podían honradamente discrepar del Padre General y de las CC.GG. recientes, sin embargo, por la falta de nobleza y por los turbios medios empleados, resulta un lamentable episodio de nuestra historia contemporánea. En su conjunto, es una confirmación de que, como presentía el mismo Arrupe, refiriéndose a la opción por el servicio de la fe y la promoción de la justicia, también para llevar adelante la renovación de la Compañía en el mundo actual, habría que «pagar un precio».

MÁS ALLÁ DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Una de las originalidades del Padre Arrupe fue su actuación hacia fuera, más allá de la Compañía de Jesús. Ningún Prepósito General anterior a él tuvo una actividad tan grande y pública fuera del marco estricto de la Compañía de Jesús. Participación en acontecimientos como el Katholikentag en Alemania o en el Congreso Eucarístico Internacional de Filadelfia, portadas de *Time* o *Der Spiegel* con artículos extensos sobre él, por citar sólo algunos exponentes más notables. En esta extensión de la presencia activa de Arrupe influyó la explosión de los Mass Media en la segunda mitad del siglo xx, pero sobre todo la personalidad abierta a todos los problemas e inquietudes del mundo y la simpatía, libertad y talante comunicativo del General. No es raro que algunos pudiesen sentir que Arrupe ocupaba el espacio de una especie de magisterio eclesial paralelo.

En el terreno de la vida de los religiosos, su repetida elección para presidir la Conferencia de Superiores Generales le procuró un lugar de influen-

cia grande, con una plataforma para extender su pensamiento y orientaciones en sus intervenciones públicas en las distintas asambleas institucionales y en los distintos foros a los que fue invitado. Un influjo que se sumó al magisterio que ejerció a través del gobierno dentro de la Compañía de Jesús, siempre observada y valorada por una parte muy notable de institutos religiosos femeninos y masculinos.

Y, puesto que Arrupe tuvo que sufrir interpretaciones negativas y medidas dolorosas, hay que tener en cuenta que un conjunto tan cualificado y tan amplio como la Unión de Superiores Generales, que reconoció durante más de un decenio su liderazgo eligiéndole libremente para la presidencia en cinco mandatos consecutivos, es un aval de la calidad innegable de su concepción de la vida religiosa y de su capacidad directiva.

El capítulo de M. Arranz, «Contactos con la Iglesia Ortodoxa Rusa» deja entrever la consideración e influjo de Arrupe fuera de la Iglesia Católica. Aprovechando un viaje al Japón, Arrupe se detiene unos días en la URSS y allí tiene contactos estrictamente religiosos con distintas comunidades cristianas y algunas autoridades de la Iglesia Ortodoxa. Fueron días de inmersión en la vida religiosa de aquel pueblo y de contactos con distintas personalidades de la Iglesia Ortodoxa, pero sin poder dirigir la palabra a los participantes de ningún acto público. Y, naturalmente, Arrupe no tuvo entrevista alguna con ninguna autoridad civil. Una buena muestra de la apertura de Arrupe al mundo ortodoxo es la relación que mantuvo, desde antes de dicha visita, con el metropolitano Nikodim, tan profundamente ignaciano y conocedor de la espiritualidad e historia de la Compañía que pensaba en una rama ortodoxa de la Compañía.

EL GOBIERNO DEL P. ARRUPE COMO PREPÓSITO GENERAL

Como se ha visto más arriba, gran parte de las críticas de que Arrupe fue objeto se referían a actuaciones y modos de hacer que eran cumplimiento fiel de lo que se le pedía desde las instancias superiores de las CC.GG. Esto se confirma con el estudio de Elías Royón, ya que, con excelente conocimiento del pensamiento ignaciano, confronta las líneas y objetivos del gobierno de Arrupe con las orientaciones ignacianas y de las Constituciones. En este sentido, la figura de Arrupe aparece con relieve especial como fiel cumplidor de la parte IX de las Constituciones, donde se describen las cualidades y la forma de gobernar del Prepósito Gene-

ral, y como exacto actualizador del espíritu ignaciano en las muchas circunstancias en que le tocó dirigir la Compañía de Jesús.

Entre otros escritos inéditos del Padre Arrupe, podemos leer éste, clarificador en sumo grado de su manera de gobernar: «No podemos fundarnos sobre el carisma de San Ignacio tal como se ha encarnado en los diversos períodos de la historia, sino que debemos repensarlo cada vez, refiriéndonos a los orígenes, «a la idea pura» que debe ser aplicada hoy. Es necesario reencarnar este carisma no a través de los siglos y los comportamientos de los jesuitas de entonces, sino reencontrando a san Ignacio como fundador, no como superior general» (p. 22).

Para completar la visión de Arrupe como Prepósito General de la Compañía, es sumamente importante el conocimiento de su biografía íntima y espiritual que, una persona tan cercana a él como Ignacio Iglesias, nos hace accesible con mano maestra. Porque, a partir de unas páginas de las notas espirituales de los Ejercicios que realizó Arrupe al poco tiempo de ser elegido General, se ve que es su mística experiencia de Dios el corazón de su vida y acción de Superior General. Ponerse enteramente en las manos de Dios para la realización de su voluntad al servicio de la Compañía de Jesús, su voto de perfección realizado en la juventud y actualizado más tarde, su ardiente unión con Dios en Cristo, de cuyo Corazón recibía el ardor de su entrega, la total disponibilidad en manos del Señor que culminó en los últimos años de su vida, de lo cual tenemos el muy conocido testimonio, son algunos de los rasgos íntimos que emergen en la biografía interior de este hombre extraordinario.

Es tal la hondura de la vivencia de Dios del nuevo General que uno adivina el deslumbrante misterio de aquella fe que le llenaba y le llevaba y que, sin duda, era su luz, su fortaleza y su anonadamiento en manos de Dios y de sus mediaciones en los momentos tan variados, difíciles y a veces contradictorios que le tocó vivir. Esta biografía interior hace más fundada la sospecha de que Dios regaló a la Compañía un don tan grande que ni durante los años de Arrupe, ni todavía hoy hemos captado del todo ni, menos aún asimilado, para el bien de la Iglesia y del mundo.

NI CANONIZADO, NI DEMONIZADO...

Es excelente el planteamiento de *La Bella*, cuando en la introducción afirma: «La finalidad de este volumen no es ni canonizar a Arrupe ni demonizarlo» (p. 50). Y añade que lo que pretende es ayudar a

«comprender». Por lo general las colaboraciones que siguen a esta introducción se mantienen en la línea de una serena objetividad y con la aportación de datos para la comprensión de la persona y acción del Preósito General. Por lo mismo, a medida que avanza la lectura, se van descubriendo tanto limitaciones como cualidades, que desbordan con mucho las limitaciones o defectos. Urbano Valero resume así los reproches de Pablo VI a Arrupe, en privado, y de modo más oficial mediante el secretario de Estado: «ser débil en el gobierno, más proclive a la benignidad que al rigor, usar más el acelerador que el freno, arriesgar excesivamente en sus decisiones y confiar demasiado, a veces, en aquellos a los que tenía que guiar y, en caso necesario, corregir» (p. 248). Quizá no valoró tampoco de modo adecuado en algún momento las indicaciones de la Santa Sede o no consiguió servirse oportunamente de los canales habituales de comunicación. Ciertamente, no es el panegírico el mejor género de la buena historia. Y tampoco ayuda a comprender a Arrupe una visión maniquea que divide los episodios en una ciencia ficción de buenos y malos. Ciertamente, en Arrupe y en su modo de gobierno hubo, naturalmente, zonas más oscuras y, sin embargo, la mayoría de los defectos que se le achacan son excesos de cualidades positivas como, por ejemplo, respeto a las personas, confianza en la acción del Espíritu en cada jesuita, intento de conjugar carisma y obediencia eclesial, etc.

Sin embargo, la lectura de las mil páginas de la obra que presento deja la impresión de que Arrupe fue una persona de extraordinaria calidad y que ésta fue manifestación de su profunda y esencial experiencia cristocéntrica. Efectivamente, aparte de su amabilidad, simpatía, don de gentes y optimismo universalmente reconocidos, acá y allá se constatan cualidades como éstas: no apagar la mecha humeante, saber ver las cosas *desde arriba*, audacia creativa en fidelidad al Espíritu, catalizador del cambio, hombre de gran confianza en Dios y que sabe ver las luces y sombras de la Compañía, calidad verdaderamente mística, fe profunda y arraigada, ciudadano del mundo y cristiano del siglo XX, siervo de la Iglesia y amado General de la Compañía, hombre de esperanza en las situaciones más desesperadas, etc. «¡Es un profeta!», exclamó con veneración un anciano sacerdote ortodoxo que estuvo con el P. Arrupe durante su estancia en la Unión Soviética. (p. 631). «Su liderazgo se sitúa junto a otras figuras simbólicas del tiempo postconciliar [Helder Câmara, Suenens, Roger Schutz, Juan Pablo II]» (p. 641).

Después del largo periplo por las páginas de este grueso volumen, al contacto con las luces y sombras del hombre Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús, quizá la impresión dominante que se lleve el lector esté bien expresada en las palabras con que concluye R.C. Heredia su estudio sobre *Arrupe y la India*: «Ningún General de la Compañía de Jesús ha sido tan querido por sus hermanos jesuitas desde San Ignacio. Fue ciertamente el segundo fundador de la Compañía... Todavía hoy su reto sigue vigente» (p. 583).

